

MENSAJE DEL LCDO. RAFAEL HERNÁNDEZ COLÓN
SOBRE LA NUEVA TESIS A LOS ESTUDIANTES Y PROFESORES
DE LA UNIVERSIDAD INTERAMERICANA DE PUERTO RICO
3 DE OCTUBRE DE 1979

Estudiantes y amigos: Comparezco ante ustedes hoy, en este acogedor recinto de la Universidad Interamericana, con una satisfacción muy especial. Guardo afecto personal a esta institución de educación superior porque quien la dirige fue uno de mis mejores colaboradores desde el Departamento de Instrucción Pública y porque conozco algunas de las innovaciones que se están implantando en esta institución. Por ello quiero felicitar a los dirigentes y maestros de esta Universidad y a ustedes los jóvenes que aquí estudian para luego incorporarse a las difíciles tareas que Puerto Rico tienen por delante durante la crucial década de Los Ochenta.

Entrar a este recinto es como entrar al mundo de paz, amor, estudio, trabajo e interdependencia a que aspiro para el Puerto Rico de la próxima década y del nuevo siglo al cual nos acercamos, en medio de las grandes incertidumbres que afligen al país y al mundo en que vivimos.

La educación es el aprendizaje de la vida, nos ayuda, como dijo Einstein, a establecer una tabla de valores, un balance vital entre las necesidades prácticas de la vida, entre lo bello y lo productivo, entre lo que es moralmente bueno. Lo primero que la educación nos enseña es a caminar solos, a adquirir nuestro propio sentido de comunión cultural y social, a lograr el sentido de su autosuficiencia y el orgullo de ser que ha caracterizado al puertorriqueño.

Me refiero no solo al progreso económico, sino también a nuestros valores sociales, morales y culturales a los de nuestra cultura, de nuestras tradiciones, de nuestro idioma y de nuestras costumbres. Veo que ambas cosas corren parejas en esta Universidad. Se preparan ustedes, con gran excelencia, para las tareas profesionales y sociales que el país reclama y necesita con la mayor urgencia. Y, al mismo tiempo, ustedes dan atención al cultivo de nuestra cultura, como lo demuestran el Teatro Emilio S. Belaval, la atención que ustedes le dan a nuestro vernáculo, al fomento de la música autóctona y del teatro puertorriqueño, como puedo ver por el excelente programa de actividades culturales y sociales que se lleva a cabo en este recinto.

La educación, jóvenes amigos, es la más trascendente tarea del Puerto Rico de hoy y de mañana el Puerto Rico de ustedes, el mío, el de todos nosotros. Yo estoy profundamente comprometido con el propósito de que los frutos de la educación se multipliquen en número y en calidad, como a ustedes les debemos. Es sobre esto que quiero hablarles. Lo hago con el orgullo que me produce mi inequívoca condición de hijo de esta tierra a la cual todos queremos tan entrañablemente.

Los problemas que confronta Puerto Rico y los que podemos prever en el futuro inmediato imponen una responsabilidad especial a los que estamos comprometidos a diseñar, desarrollar e instrumentar nuevas políticas económicas y sociales para nuestro pueblo. Sacar a Puerto Rico del atolladero en que se encuentra exige formular y ofrecerle al país alternativas verdaderamente innovadoras, integrando a la vez una clara visión del tipo de sociedad y comunidad que queremos construir, con una apreciación realista de las posibilidades, recursos y potencialidades que tenemos para construirla.

La labor de diseñar estas alternativas se hace hoy especialmente crítica. Por lo menos por tres razones.

Primero, porque nuestros problemas económicos y sociales internos y externos se entrelazan hoy como nunca antes. No solo los desarrollos externos sobre los cuales no tenemos ningún control afectan cotidianamente nuestra vida, sino que, además, la solución que se pueda ofrecer al problema de un grupo o sector puede venir a dificultar, por sus consecuencias predecibles o impredecibles, la solución del problema de otros sectores o grupos. De ahí la imperiosa necesidad de diseñar una estrategia de desarrollo económico y social que busque integrar y coordinar soluciones, en lugar de mezclar y combinar complicaciones.

Segundo, porque el continuado y acelerado desarrollo que vivimos por más de dos décadas creó una mentalidad y una actitud que tomaba el crecimiento económico como algo natural y automático. Se perdió de vista que no hay una fórmula mágica que garantice el crecimiento y que la forma más fácil de garantizar que no se dé el crecimiento es darla por hecho.

Tercero, porque el cúmulo de problemas que confrontamos nos concierne a totalidad como pueblo. Tales problemas se anudan de tal manera que se resisten a las soluciones parciales o los intentos de satisfacer los deseos o apetitos de un grupo, a expensas de los legítimos intereses de otro. En esta apretujada convivencia que la geografía y la demografía nos imponen, ningún grupo es ajeno a otro grupo. El acaudalado no es ajeno al indigente, ni el obrero al desempleado, ni el condominio al arrabal. Porque los problemas son de todo el pueblo, tenemos que enfrentarnos a ellos solidariamente, como pueblo.

Se necesitó la coyuntura de la peor recesión que ha experimentado la economía occidental desde la década de los Treinta para percatarnos que, tras los indicadores más halagadores, había señales de grandes fallas en la estrategia de crecimiento. Peor aún, el vertiginoso ritmo del crecimiento económico insensibilizó a un creciente número de ciudadanos. Un amplio sector de nuestra sociedad se estaba quedando detrás del progreso sin esperanza de aprovechar las oportunidades que el progreso genera; cada vez menos apto para participar en él, y por consiguiente, cada vez más marginado en nuestra sociedad.

Este grupo constituye hoy más de la mitad de nuestro pueblo.

No se quiere decir con esto que la estrategia de crecimiento basado en la industrialización haya fracasado. Ciertamente, para los miles de puertorriqueños que hoy gozan de empleos estables y bien remunerados, no ha fracasado. Ni ha fracasado para los miles que asisten a nuestras escuelas y universidades, sin tener que abandonar sus estudios para buscar el sustento diario. Ni ha sido un fracaso lograr una economía con un total de activos que sobrepasan los 28 mil millones de dólares.

Cierto es que en la historia el pasado es prólogo. Pero en la economía, el pasado es solo base para afianzar, para construir y para superar. En esa labor de afianzar, de construcción y de superación hay que estar dispuestos a continuar con lo exitoso y a rectificar lo equivocado-listos para crear e innovar en aquellos aspectos de nuestro diario y afanoso vivir en que la gestión pasada haya sido insuficiente.

La transformación puertorriqueña, como la contemplamos hoy, ha creado un desbalance entre los cambios y logros realizados y sus medios económicos y técnicos por un lado, y la calidad de la vida, el sentido de seguridad, y la autoestima del puertorriqueño, por el otro.

La dinámica expansiva del desarrollo económico y social y educativo produjo una transformación que, por su propia rapidez y por la urgencia de rectificar males inmediatos, no permitió anticipar y prever todas las consecuencias secundarias de las alteraciones sociales en proceso. Al mismo tiempo, conmociones inesperadas en la esfera económica de los países más desarrollados, comparables únicamente a la gran depresión mundial de 1929 a 1933, así como serios conflictos en la política nacional e internacional de Estados Unidos, crearon inesperados desconciertos tanto en Estados Unidos como en Puerto Rico. Las nuevas circunstancias, valores y actitudes han generado serios problemas que requieren un urgente reexamen.

La insatisfacción constituye la nota esencial en la actitud del puertorriqueño de hoy, como en gran parte define la de la mayoría de las sociedades del presente siglo. Es claro que, en la expresión mayoritaria de nuestro pueblo, se acrecienta el desarraigo, la marginación política, social y económica. Mucha de esa insatisfacción mundial repercute inevitablemente en nuestro medio. Nuestras instituciones sociales las oficiales y las no oficiales han perdido mucho de su impacto en la solidaridad humana que es necesaria para la convivencia social. El esfuerzo productivo no está precedido por un sentido de pertenencia, de comunidad de propósito. La

participación de la fuerza trabajadora ha bajado dramáticamente, año tras año, y un millón de puertorriqueños han sido dados de baja de esa fuerza.

Todo ello conduce a la marginación y produce una sicología de gratificación instantánea, aun en la ociosidad. Hay 200,000 jóvenes desempleados. Aun para los universitarios, el futuro es incierto.

La más leve mirada a la realidad puertorriqueña de hoy revela un cuadro de síntomas colectivos en verdadero estado de perturbación. Se manifiesta en la deficiente distribución del ingreso y en una baja relativa en la producción; en el alto costo y baja participación en los servicios de salud, vivienda y educación; en la alta criminalidad, el alcoholismo, la droga, los divorcios, Y los suicidios. ¡En tantas otras manifestaciones de enajenación social! Se plantea la necesidad de una vasta y profunda reforma social dirigida hacia una comunidad justa, solidaria, sana y segura en la convivencia, respetuosa de la dignidad de todos; interesada en la igualdad en los servicios y en las oportunidades; de cohesiva vida familiar; de intensa participación democrática del pueblo en las decisiones que afectan su vida. Una reforma social en búsqueda de un puertorriqueño que sea confiado en sí mismo, orgulloso de su identidad, segura de su propia valía, responsable y decidido, soberano de sí mismo en su sencillez, comprometido con su familia y su comunidad, profundamente vinculado en su espíritu a la decencia y a la verdad.

Los problemas que surgen de esta situación no tienen soluciones mágicas. Es con el mejor entendimiento y el más sano esfuerzo de nuestro pueblo que pueden resolverse.

Por todo lo anterior, urge una reevaluación completa del proyecto puertorriqueño, de sus metas y posibilidades, en aras de una estrategia integrada que pueda confrontar viejos problemas y conflictos en forma viable o innovativa.

Frente a la complacencia suicida de los que consideran que el malestar puertorriqueño es normal como incidental al progreso, y frente a los que no ven remedio alguno a lo que creen ser la disolución inevitable del país, hasta convertirse en un arrabal de los Estados Unidos, nosotros hemos decidido encararnos al reto.

La Nueva Tesis es un plan de afirmación puertorriqueña que va más allá del status político. Es un llamado a los puertorriqueños, de todos los partidos, para desarrollar una economía y una sociedad de justicia, en la cual sea nuestro pueblo quien determine su propio destino. Lo nuevo de la Nueva Tesis es un análisis profundo de los problemas más importantes que afectan a Puerto Rico y la formulación de un plan integral. Y, a la luz de estos, un digno reclamo de los poderes políticos que necesita el país para emprender un nuevo comienzo.

La Nueva Tesis es un programa para ese esfuerzo de afianzar, construir y superar. Es un llamado a la acción para encauzar las fuerzas del país hacia el desarrollo armónico del pueblo puertorriqueño, a base de un plan que integre y coordine nuevas estrategias de desarrollo en lo social, en la educación. En lo económico y en lo político es la búsqueda de una voluntad que engendre un compromiso muy hondo con una visión de futuro que supere intereses de grupos o de partidos, y que provea base firme a la solidaridad, la unidad y la convergencia de todo lo puertorriqueño.

La Nueva Tesis es un plan que va más allá del status político, con un llamado a los puertorriqueños de todas las ideologías para que juntos desarrollemos una sociedad y una economía de justicia, en la cual nuestro pueblo determine su futuro.

No es una panacea ni ofrece soluciones fáciles ni instantáneas. Es un llamado a la acción conjunta, basado en un análisis sobrio y profundo de nuestras condiciones, potencialidades y perspectivas. Ofrece unas proyecciones realistas de metas asequibles; difíciles de alcanzar, pero asequibles.

Parte, pues, de nuestra realidad. Y busca encauzar energía, esfuerzo y tesón, para alcanzar metas y anhelos que nos unen en una aspiración común para el futuro.

Para desarrollar esa nueva mentalidad es imprescindible realizar una reforma educativa o dicho en otra forma, la reforma educativa es consustancial con la reforma social. La educación debe fortalecer la personalidad humana hacia la autonomía propia y el respeto a la de los demás. Ahora bien, todos los medios sociales y de comunicación son educativos o deseducativos en la familia, en la escuela, en la radio, la prensa y la televisión.

La Nueva Tesis concibe a la familia como el centro o principio de toda reorientación social. Como tal, debe constituir el enlace básico de la relación o ecuación persona familia-escuela-comunidad. Por tanto hay que concebir una familia que abrigue emocionalmente y estimule el cumplimiento fiel de responsabilidades personales y comunicativas. Y que mantenga viva la conciencia de obligaciones y compromisos que trascienden la rutina social y económica y nos une a los demás.

Con respecto a la educación formal, la escuela no debe concebirse como su instrumento principal, pero como un foco de confluencia de todo el esfuerzo social de mejoramiento hacia la educación de todos. La educación tiene que encuadrarse dentro del universo social, cultural e histórico que es Puerto Rico. Una educación que no parta de esto no nos sirve como pueblo. Hay que radicar la educación en el rostro histórico de Puerto Rico a partir de nuestro ser y queriendo seguir siendo lo que profundamente somos.

La educación del mañana es la enseñanza para crear y hacer. La educación para la producción será aquella que dote al estudiante de los recursos para moverse de práctica en práctica; a inventar nuevas Avenidas para desenvolverse en todas las esferas de nuestro quehacer comunitario. De lo contrario, seguirá sucediendo lo que ahora: que una gran parte de nuestra juventud preparada atraviesa, a diario, la experiencia angustiosa de no encontrar donde colocarse.

Nada de eso se puede lograr con un sistema educativo público desmoralizado y politizado, como el que actualmente padece Puerto Rico. Para despolitizar y darle continuidad y estabilidad a los programas educativos es imprescindible resguardar la instrucción pública de los cambios políticos que pueden ocurrir cada cuatro años.

Para lograr ese cambio en valores conducentes a una nueva sociedad, es imprescindible, además, dar un nuevo giro a nuestro desarrollo económico. Buscar, crear y forjar una nueva economía para el pueblo puertorriqueña una economía que atienda más directamente nuestras propias necesidades. Si miramos el panorama económico del país, encontraremos el siguiente cuadro.

- Un nivel de inversiones, tanto internas como externas, insuficiente para generar los empleos necesarios en nuestra economía. De continuar las inversiones al ritmo presente, la década de Los Ochenta será la década de más alto desempleo en nuestra historia.
- Un crecimiento alarmante en nuestra deuda externa.
- Una creciente dependencia externa, tanto por generarse fuera de casi la totalidad de nuestros fondos de inversión, como por la excesiva dependencia en fondos federales para sostener a flote la economía; fondos que, como ha señalado anteriormente, vienen a aumentar nuestro consumo pero no se traducen en inversiones productivas que generen empleos permanentes.

Aún más, la procedencia externa de casi la totalidad de nuestros fondos de inversión, la creciente deuda exterior y la dependencia en fondos federales han tenido el efecto de ir despuertorriquenizando nuestra economía; esto es, desarrollando una aguda dependencia externa y causando una erosión de nuestra capacidad decisional y de nuestros poderes colectivos.

Para continuar siendo un pueblo y no un enclave económico, necesitamos en nuestras manos el control sobre nuestra economía. La nueva estrategia consiste en mejorar nuestro nivel de vida mediante un desarrollo económico primordialmente financiado y controlado por los puertorriqueños, haciéndonos más autosuficientes mediante el estímulo creativo y agresivo de los sectores económicos que generan el máximo de empleo por cada dólar de inversión. La solidez financiera de nuestro país debe propiciar un aumento en la capacidad productiva de los puertorriqueños, a la vez que propicia un equilibrio adecuado entre inversión interna y externa.

Los elementos básicos de esta estrategia son los siguientes:

1. Incrementar nuestra producción para el mercado local, de tal manera que tengamos un crecimiento continuo y sostenido.
2. Utilizar más eficientemente nuestros recursos humanos en el proceso productivo.
3. Distribuir más equitativamente la riqueza.
4. Incrementar y fomentar el ahorro interno, tanto público como privado, de manera que podamos generar internamente fuentes de financiamiento que complementen las inversiones externas que necesitamos.
5. Allí donde la inversión privada no esté disponible para una gestión productiva necesaria, gestión directa del gobierno en la manufactura, en sociedad con la iniciativa privada, para propósitos de estímulo y demostración de viabilidad.
6. Una mayor participación e integración social.
7. Una utilización más eficiente de nuestros recursos naturales y ambientales, conforme a las necesidades sociales y económicas, tanto de nuestra generación como de las futuras.
8. Llevar todo a una mayor autonomía individual y colectiva.

En fin, esta nueva estrategia busca impulsar un crecimiento que podamos llamar nuestro, con capital que hay aquí, para empresarios que hay aquí, para que los beneficios y salarios que se generen se queden aquí.

Hay quien alega que en Puerto Rico no existe el capital necesario para financiar estas iniciativas. Eso no es cierto. En 1977, en nuestra economía se generaron cerca de \$662 millones en reservas de depreciación y \$278 millones en ahorros en el sector público. El monte total acumula de inversiones de Puerto Rico en el exterior asciende a \$3,000 millones. Existe, pues, un caudal de recursos que podrían adecuadamente ser movilizados y canalizados, creando empleos y oportunidades para los trabajadores y empresarios puertorriqueños.

Para identificar los sectores hacia donde deben ir dirigidas las inversiones y para alcanzar las metas propuestas, hemos iniciado ya una serie de estudios para ahondar en los estudios macroeconómicos que ya se han realizado. Se han identificado 45 sectores de la economía puertorriqueña, y se establecer un escalafón de prioridades estableciendo criterios para que haya una clara relación entre el capital invertido y el producto de la inversión; para que la estructura de propiedad de las nuevas empresas sea claramente útil a los residentes del país; para que la relación entre capital y mano de obra se base en la justicia distributiva y en una mayor productividad.

Para lograr ese tipo de economía que apoye, y de la cual a la vez fluya el tipo de sociedad que queremos para Puerto Rico es imprescindible agregar poderes políticos adicionales a los que ahora tenemos en el Estado

Libre Asociado. Esa es la única forma en que se podrán garantizar las condiciones y protecciones necesarias para el logro de nuestras metas.

La falta de desarrollo institucional del Estado Libre Asociado y el incremento del poder del Gobierno Federal en los Estados Unidos, que se refleja en los poderes que ejerce en Puerto Rico, han tenido el efecto de reducir los poderes que los puertorriqueños ejercemos sobre nuestro propio destino. Esta tendencia hay que detenerla. Y más hay que revirla.

Bien entendido, pues, es imposible desligar el problema del desarrollo económico y del buen desarrollo social del problema del status desligándolo de las aspiraciones, ideales y anhelos económicos y sociales del pueblo puertorriqueño.

En la Nueva Tesis, el aspecto estrictamente político no constituye un documento aparte, separado del conjunto integral de los planteamientos. Eso obedece a la filosofía política del Partido Popular Democrático y del Estado Libre Asociado en la que se concibe el status político no como un fin en sí mismo, sino como instrumento al servicio de ideales más amplios y profundos. El debate de derechos, deberes y poderes que han de reconocerse al Estado Libre Asociado se plantea en el contexto de cada uno de los factores en la problemática del país. Los poderes políticos deben ser los necesarios para resolver los problemas reales de la vida puertorriqueña.

Los problemas puertorriqueños requieren soluciones puertorriqueñas.

El problema de inmigración de extranjeros a Puerto Rico requiere soluciones puertorriqueñas.

La contaminación del ambiente en Puerto Rico requiere soluciones puertorriqueñas.

Los problemas de la economía puertorriqueña requieren soluciones puertorriqueñas.

Para resolver estos y otros de nuestros problemas, con soluciones puertorriqueñas, nuestro pueblo necesita poderes políticos adicionales a los que ahora tiene.

Para alcanzar el nivel de inversiones requeridas para movilizar la economía y para la reforma educativa, es necesaria una mayor flexibilidad en la usa de los fondos federales que son enviados al gobierno de Puerto Rico. No me refiero a derechos adquiridos como pensiones, pagos por desempleo, beneficios a veteranos y seguro social, ni tampoco a las ayudas federales que van directamente a los puertorriqueños, como los cupones, el "medicare" o los pagos de bienestar público. Me refiero a los fondos para proyectos y programas del gobierno central y los municipios, autorizados por el gobierno federal. La mayoría de esos proyectos y programas no se ajustan a nuestras prioridades. Por lo tanto, uno de los cambios imperativos en las presentes relaciones entre Puerto Rico y Estados Unidos es que estos fondos federales se asignen todos los años en una aportación global para el ELA y sus municipios.

Para forjar el consenso social, es necesario que los puertorriqueños podamos determinar por nosotros mismos todo lo relativo a reclamaciones obrero-patronales, salarios y todas las condiciones del trabajo en nuestra economía. Soluciones puertorriqueñas para los problemas puertorriqueños.

Ya he dicho que no se trata de una política de bajos salarios. Por el contrario, una economía más dinámica, de mayor producción y riqueza, debe asegurar beneficios salariales mayores que los actuales, pero siempre en proporción a una mayor productividad y a un más efectivo crecimiento. Queda excluida en la Nueva Tesis toda política de mano de obra barata, ya que los principios rectores de la nueva estrategia económica serán el crecimiento interno puertorriqueño y la creación de empleos bien remunerados.

La creciente incorporación de extranjeros a la fuerza trabajadora está produciendo un desplazamiento de los trabajadores puertorriqueños. Una parte de nuestra población joven y más capacitada se está viendo obligada a emigrar por la escasez de oportunidades que hay en su propia tierra. Aunque Puerto Rico nunca abandonara su tradición de pueblo hospitalario, es necesario que, para atacar el problema del desplazamiento, el pueblo de Puerto Rico tenga el control sobre la entrada de extranjeros al país.

Tal poder es especialmente necesario en el caso de Puerto Rico, una isla pequeña con una densidad poblacional de las más grandes del mundo. Eso hace que, aparte de los aspectos relativos al trabajo y al empleo, tanto como a los servicios públicos necesario a todos, el cupo poblacional de Puerto Rico justifique por si solo el control puertorriqueño de la entrada de extranjeros.

La necesidad de nuevos poderes para nuestro pueblo es aún más amplia. Es difícil levantar una agricultura que le de vida a miles de puertorriqueños si no tenemos el poder para impedir que los productos del extranjero compitan con los nuestros; es duro desarrollar las industrias, para producir para el mercado local, sin adecuadas protecciones e incentivos; es difícil intentar controlar el crimen si no podemos combatir efectivamente el desempleo y la ociosidad que lo causa; es penoso educar sin poder contar con la ayuda más apropiada y efectiva de los instrumentos más poderosos de la educación, que son la radio y la televisión; es injurioso que se le regatee al pueblo de Puerto Rico el dominio sobre el petróleo que pueda haber en nuestras costas; es frustrante que podamos comprar petróleo a Venezuela, pero que no podamos negociar con Venezuela, de gobierno a gobierno, y de tú a tú, los mejores términos y condiciones.

Estos poderes se reclamaron por nuestro pueblo en el plebiscito de 1967, que nos dio el mandato de llevar el ELA a un máximo de gobierno propio. Esos poderes deben defenderse por encima de toda línea de partido. Son vitales para evitar que Puerto Rico se hunda más en la dependencia; para que no se siga deteriorando la calidad de nuestras vidas.

La insólita actuación del ex-Presidente Ford, al ignorar ese mandato, quebranto los principios del convenio con el pueblo de Puerto Rico y coloco a Estados Unidos al margen de la legitimidad democrática. Mi última gestión como Gobernador fue hacer sentir nuestra indignación y nuestra protesta. Mi primera gestión con el Presidente Carter fue requerirle que rectificara.

El Presidente Carter rectificó a nombre de Estados Unidos, en una proclama que emitiera el pasado 25 de julio. En esta proclama, Carter le dice al pueblo puertorriqueño que su administración respetara los deseos del pueblo, que cualquier decisión que podamos tomar (la estadidad, la independencia, o modificaciones mutuamente aceptadas al ELA) será nuestra y de nadie más que nosotros. Nos invita a tomar la decisión en armonía con nuestras tradiciones democráticas.

La invitación contenida en la Proclama Presidencial debe ser el primer asunto en la agenda política del pueblo de Puerto Rico.

Plantaremos el status de pueblo a pueblo. Puerto Rico solo tiene un arma p una sola, para resolver el problema del status político un arma para ganar el respeto y la consideración que se merece en cualquier foro del mundo; un arma para validar nuestra propia estima como puertorriqueños. Esa arma es nuestra voluntad.

Manifestar esa voluntad, sostener esa voluntad, ese es el partido que triunfe en las elecciones del 1980 tendrá en sus manos el poder para establecer el proceso para expresar nuestra voluntad.

La consulta amplia, el dialogo, la participación fecunda de todos los sectores políticos es esencial para que la decisión sea de todo nuestro pueblo. Un planteamiento de pueblo a pueblo tiene que tener el apoyo y la legitimidad de la participación libre, limpia y sin presiones, de todos los ciudadanos. Las opiniones que puedan prevalecer en el Ejecutivo Federal, en el Congreso, y en las Naciones Unidas deben ser consideradas seriamente.

Sin embargo, el poder decisional sobre los procedimientos y las soluciones pertenece a nosotros los puertorriqueños. ¡A nadie más!

El triunfo del Partido Popular en el 1980 significara el inicio inmediato de un dialogo digno con Estados Unidos para determinar las modificaciones al Estado Libre Asociado que se le someterán al pueblo y un dialogo con todos los partidos políticos de Puerto Rico para establecer las bases y los procedimientos para llevar a cabo el acto de autodeterminación.

De la realidad innegable de que Puerto Rico no se va a separar de Estados Unidos, ni nadie nos va a privar de nuestros derechos como ciudadanos, es que hay que partir para encarar nuestros problemas y trazar nuestro rumbo en la crucial década de Los Ochenta.

Partiendo de esa realidad, Puerto Rico tiene ante sí dos propuestas: Carlos Romero propone que este pueblo se anexe, convirtiéndose en otro estado de la Unión. Yo propongo desarrollar, expandir y ampliar la personalidad y la autonomía del ELA, el orgullo de ser puertorriqueños.

Las elecciones de 1980 van a decir cuál de estos caminos tomar Puerto Rico.

Nuestra misión en esta cruzada histórica requiere un esfuerzo conjunto de todos los puertorriqueños y en esta misión espero contar con la ayuda de ustedes.

Gracias.